

# Vuelo n.º 2990

ALEJANDRO VASQUEZ





**ALEJANDRO VASQUEZ**  
(Iquitos, 2002)

Estudia Derecho y Ciencias  
Políticas en la Universidad  
Nacional de la Amazonía Peruana.  
Ha escrito piezas teatrales y ha  
participado en la producción de cortometrajes  
loretanos. Ha actuado en varias obras y  
montajes teatrales.

Ricardo Arana no había viajado nunca antes en avión y al salir de casa lo primero que pensó fue en lo inusualmente estrellado que estaba el cielo. Eran aproximadamente las ocho de la noche cuando tomó un motocarro y convenciendo al conductor de hacerle una rebaja de quince a doce soles en el cobro del pasaje, se dirigió al aeropuerto internacional Coronel FAP Francisco Secada Vignetta.

Cuando hubo llegado a la avenida Quiñones supo que no habría marcha atrás.

Deseaba no tener que irse. Tenía miedo a volar en avión y que este se estrellara. Todo porque se subía a uno por primera vez. Temía que su madre muriese porque la dejaba sola. Le atemorizaba la idea de mudarse de vida y de estar tomando una mala decisión.

—Todo va a estar bien —se dijo a sí mismo.

Ricardo solía decirse muchas cosas a sí mismo. De buenas a primeras porque nadie más las decía. Era hijo único y había crecido siendo un niño peculiar. Desde muy pequeño se metió en problemas por hablar solo la mayor parte del tiempo. Pronto aprendió a hablarse en voz baja y nunca más volvió a decir palabra alguna en voz alta de no ser necesario.

—¿En qué piensas, Ricardito? —le preguntaba su madre cada que volvía del colegio, alegre y sonriente, pero sin decir nada.

Ricardo pensaba en su madre.

El motocarro pasó por la plaza Abelardo Quiñones. Estaba repleta de gente y un embotellamiento impedía el paso. El vuelo salía a las nueve y media de la noche. Ricardo pensó en la posibilidad de no llegar a tiempo y se cuestionó si acaso eso sería bueno o malo.

—¿A dónde vas, joven? — preguntó el motocarrista. Ricardo pudo ver su rostro a través del espejo retrovisor y sabía que el conductor podía hacer lo mismo.

—A Lima.

—Ah— espetó el conductor, como si ya hubiese sabido la respuesta—. ¿Y a qué vas a Lima?

—A estudiar—respondió Ricardo

—Muy bien. —dijo el hombre con un lento movimiento de cabeza—. Yo tengo un sobrino que está estudiando Derecho, ya está por terminar...

Aquella fortuita interacción con el motocarrista le recordó las ocasiones en las que conversaba con su padre, que cada cierto tiempo dejaba sus negocios textiles en la capital y visitaba a su hijo. Casi siempre hacía las preguntas; Ricardo solo atinaba a responderlas, sin mayores rodeos. Recordó, en especial, aquella charla a finales del año pasado.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Qué tal el colegio?

—Bien.

—¿Este año lo acabas?

—Sí.

—¿Y qué vas a estudiar?

—Quiero estudiar arquitectura, pero aquí no...

No tuvo que decir más. Ricardo comprendió que había ingresado dentro de los sueños frustrados de su padre y también fue consciente de que recibiría apoyo de su parte como un acto de inversión a largo plazo. Decir “quiero ser arquitecto” le bastó para sumarle un valor agregado a su condición de hijo único.

—En esta ciudad, todo aquel que es exitoso es aquel que se ha marchado. — concluyó su padre y Ricardo no tuvo tiempo para responderle.

—... Ya no viene a visitarnos. Limeño se cree ahora.

El motocarro volvió a avanzar. ¿Por qué hay tanta gente en la calle? Este no es un día festivo, pensó Ricardo. Cuando estaba a medio camino de descubrir si se le había olvidado algo, llegó al aeropuerto.

El vehículo pasó la puerta de seguridad y avanzó hacía el edificio de terminal. Ricardo vio a un lado del camino, casi oculta entre hierbas, árboles y oscuridad, la enorme cruz de madera construida por la llegada del Papa Juan Pablo II a Iquitos en el año 1985. Recordó que su madre le contó que cuando el Papa bajó del avión besó el suelo y le pareció gracioso que ahora aquella cruz construida en su honor estuviese deliberadamente ignorada e invisible.

El motocarro se deslizó por la curva que atravesaba el área de estacionamiento y se estacionó frente a la puerta de ingreso. Ricardo realizó el pago del pasaje, bajó del vehículo y cogió su equipaje. No llevaba más que una mochila llena con algo de ropa y cosas esenciales. No era pesada pero sí abultada y a Ricardo le incomodaba tener que cargar con ella todo el rato. Buen viaje,

le dijo el motocarrista, con una sonrisa cortes y Ricardo lo vio partir de retorno a la ciudad. En la zona de estacionamiento descansaban algunos vehículos, esperando uno lejos del otro, como si sus conductores se hubieran puesto de acuerdo para dejarlos así. Antes de entrar al edificio, Ricardo vio una vez más el cielo. Las estrellas brillaban en su esplendor; la idea de estar allá arriba no le pareció tan mala. Quizás irse no sería tan complicado, después de todo.

Ya dentro del terminal, el sonido de las rueditas de algunas maletas imperaba sobre los murmullos y conversaciones que ocasionalmente iban y venían en distintos idiomas, velocidades e intenciones. Los viajeros llevaban caras desanimadas y somnolientas, a excepción de algunos nuevos rostros entusiasmados. Ricardo realizó todo el proceso de pre embarque sin poder ignorar las pinturas en las paredes que se exhibían encima de esta zona. Antes de pasar a zona de embarque tomó varias fotos de aquellas místicas piezas de arte. Ricardo nunca antes las había visto con tanto detenimiento y detalle.

Una voz casi robótica indicó por los altavoces que todos los pasajeros del vuelo número 2990 ya podían ingresar a la sala de embarque. Ricardo así lo hizo y siguió todo el proceso de seguridad con lentitud y nerviosismo. Unas cuantas personas iban detrás de él y encontró a muchas otras desparramadas en las sillas de la zona de espera. Se ubicó entre una señora que luchaba por no quedarse dormida y un aburrido señor que revisaba con mucho letargo su teléfono móvil. Ya dentro, a través de los cristales que lo separaban vio algunos helicópteros y avionetas estacionados en la pista de aterrizaje, pero

el avión que lo llevaría a Lima aún no arribaba. Eran las nueve y un minuto.

Ricardo intentó llamar a su madre para decirle que ya estaba próximo a abordar el avión que, técnicamente, llegaría en unos pocos minutos, pero no hubo respuesta. Ricardo sintió por primera vez el legítimo deseo de marcharse; estaba orgulloso de ello, esperanzado y expectante de lo que vendría.

El sueño venció a la señora que dormía a su lado izquierdo. Llevaba una mochila abultada en el regazo, una chompa morada y la cabeza hacía atrás más la boca abierta. No pasaría mucho tiempo para que empezara a roncar. Se están tardando mucho, dijo el hombre de su derecha sin apartar la vista del teléfono móvil. Ya van a ser las nueve y media, finalizó, para luego acomodarse en su asiento. Ricardo no dijo nada y se entretuvo mirando el cielo estrellado hasta que tuvo ganas de orinar. Puso su mochila en hombros, de pronto le pareció más pesada que cuando salió de casa y avanzó con dificultad en dirección al baño por entre la gente que se había dispuesto a sentarse y algunos hasta echarse en el suelo a espera de sus respectivos vuelos.

Al entrar al baño, se encontró con un hombre que se lavaba las manos frente al espejo. Llevaba lentes oscuros, sombrero de copa, saco, corbata, pantalón y zapato lustre, además de un maletín que reposaba a un lado de él, en el suelo. Todas sus prendas y accesorios eran de color negro. Aparentaba muchos años y le sobraba poca cabellera. Estaba muy bien afeitado y su piel, iluminada por el foco de luz del lugar, lucía extremadamente blanca. El hombre ofreció una sonrisa. Ricardo pudo evidenciar su dentadura postiza, quizás más blanca que su

piel y le pareció tan bien cuidada que incrementaba su falsedad.

—Buenas noches —saludó el hombre, volviendo a echarse jabón en las manos.

Ricardo le hizo un gesto de cabeza, se dirigió a los urinarios y empezó a hacer lo que había ido a hacer. Algo más en ese hombre, aparte de sus prendas y su apariencia, le parecía extraño e inquietante. Estar dentro del baño, entonces, se le hizo incómodo y sofocante.

—¿Tú eres el que va a viajar por primera vez?

Ricardo, extrañado por la pregunta, levantó la mirada y vio que el hombre parecía observarlo fijamente.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Ricardo, quien no había tenido muchas experiencias extrañas y le pareció estar viviendo una muy peculiar. Empezó a inquietarse.

—Te he estado esperando —respondió el hombre—. Linda noche para viajar ¿verdad? ¡Estamos brillando!

Ricardo terminó lo que había ido a hacer y estaba dispuesto a salir de allí sin lavarse las manos, sin decir nada más pero no pudo hacerlo. Sintió que una fuerza extraña lo obligaba a dirigirse al lavamanos, como si estuviera obedeciendo una orden.

Ricardo se colocó a un lado del sujeto. El hombre no dejaba de echarse jabón y agua en las manos, una y otra vez, innecesariamente, como si buscara una excusa para estar más tiempo allí, y, aunque le resultaba imposible, a Ricardo le pareció que cuando el hombre habló no había abierto la boca.

—Tranquilo, no estés nervioso —indicó el extraño hombre—. Para todos, la primera vez ha sido la más complicada. Algunos hasta llegan a desistir. Te recomiendo



que no lo hagas, estoy seguro que no te gustará lo que viene después.

Ricardo, quién no entendía a cabalidad lo que el hombre decía, deseó que alguien más entrara al lugar.

—Lávate las manos, es necesario para abordar — continuó el hombre—. Nadie más entrará, solo faltabas tú. Debemos esperar un rato.

Ricardo sintió un hormigueo que le subía desde la zona lumbar hasta la nuca y deseó enormemente salir del baño y sin embargo empezó a lavarse las manos, justo como el hombre le había indicado. Mientras lo hacía pensó: ¿Este hombre acaba de leerme la mente? ¿Cómo es que hago todo lo que me dice?

— ¿Quieres saber algo interesante? —preguntó de pronto el hombre y continuó sin esperar que Ricardo contestara—. No verás una noche como esta en mucho tiempo, quizás ya estés muerto cuando vuelva a pasar.

— ¿Es usted astrónomo? —consultó Ricardo, genuinamente intrigado.

El sujeto soltó una carcajada. Sus labios eran tan finos que cuando abrió la boca parecieron desaparecer.

—Yo, amigo, conozco el cielo —aseguró el hombre.

Este tipo está loco, pensó Ricardo.

—Oh, no, no estoy loco—dijo el sujeto, súbitamente—. Ricardo dio un respingo—. Suelo viajar mucho. De todos los lugares que he visitado, este es el que más me ha gustado. Llevo aquí desde 1985, días antes que llegara el que inspiró la construcción de la cruz de madera que está afuera de este terminal. De hecho, muchos empezaron a venir desde 1985, pero llegó la hora de irse. Hoy en particular, es el último día para hacerlo y hay mucho tráfico, como ya notaste.

—¿Irse a dónde? —preguntó Ricardo, casi como un acto reflejo.

—Lejos — contestó el hombre—. No es muy seguro quedarse aquí este año, ni el próximo, ni el próximo, ni el próximo.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Debemos irnos, por razones que ya descubrirás. Una lástima, no podemos hacer ya más nada, hemos terminado por aquí. Quedarnos sería muy peligroso.

—¿Nosotros? —. Ricardo sintió que el brillo del foco del baño le lastimaba los ojos.

—Mis colegas y yo, claro. —el sujeto dejó de lavarse las manos. —Considérate afortunado por ser considerado por la administración.

—No lo estoy entendiendo — aseguró Ricardo, ahora mucho más intrigado que atemorizado. — ¿Qué lleva usted en la maleta?

—Sé que tienes muchas preguntas, pero por ahora no tienes que saberlo todo— sostuvo el sujeto, se secó las manos, cogió su maletín del suelo, se observó una vez más al espejo y finalmente se volvió hacia Ricardo. Estaban frente a frente —. Ya está, ¿cómo te llamas, muchacho?

—Ricardo.

—Un placer, Ricardo— le tendió la mano y Ricardo se la estrechó. Sintió su piel muy suave, agradable y cálida— ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Tan joven y ya te vas de casa. Aunque, claro, eso ya lo sabía — sonrió ampliamente el hombre.

—¿Usted de dónde es? —interrogó Ricardo.

—De todas partes.

Ricardo no quiso decir nada más, se rindió a no tratar de buscarle sentido a lo que el hombre decía.

—Sígueme— invitó el hombre. Ricardo salió tras suyo, con monotonía y extremada confusión.

Eran las nueve y treinta y cinco.

Ricardo vio a muchas personas vestidas exactamente igual al sujeto con el que había estado hablando. Algunos de ellos, entre hombres y mujeres, formaban grupitos de charla que reían en complicidad; otros se mostraban más serios y solitarios; algunos se movían inquietamente por el espacio. Llenaban por completo la sala de espera, todos cargaban el mismo tipo de maletín y variaban en edades, apariencia, raza y altura. Ricardo se movió entre ellos. Las personas a las que había visto antes de entrar al baño ya no estaban.

Desde la pista de aterrizaje provenían potentes luces amarillas y blancas que impedían que Ricardo pudiera mantener los ojos completamente abiertos sin lastimarse. Por un momento, pensó que toda esa gente vestida de la misma manera formaba parte de algún grupo de empresarios o algo por el estilo.

—¿Quiénes son estos? —preguntó Ricardo.

—Te dije que hoy hay mucho tránsito—le recordó el hombre.

— ¿A dónde van todos?

— Afuera. Veremos todo desde lejos.

Ricardo quiso preguntar más, pero la voz desde los altavoces anunciando que el momento de abordar había llegado lo interrumpió. Personal del aeropuerto llevaban guates y lentes oscuros e hicieron que se formara una ordenada fila para el proceso de abordaje. Mientras la cola avanzaba, Ricardo logró escuchar pequeños

fragmentos de charlas. Se hablaba de horizontes, de tener más cuidado, de volar más alto, de misiones completadas y algunas otras por completar. Escuchó gente conversar en otros idiomas, idiomas que no logró identificar. Varias de estas extrañas personas lo miraban fijamente. Ricardo no podía hacer lo mismo, le costaba mantener los ojos abiertos. Iba detrás del hombre con quien había interactuado en el baño, procurando no perderlo de vista. La señorita encargada de recibir los pases de vuelo se alarmó al ver a Ricardo en la cola. Al salir hacia la pista de aterrizaje, el muchacho vio por encima del hombro cómo esta realizaba una llamada por medio de una radio de telecomunicación. Los extraños pasajeros se empezaron a dispersar sin seguir una línea recta; se movían lentamente y casi como si estuvieran marchando.

Ricardo se sintió extremadamente cansado. Tenía la impresión de que no controlaba el movimiento de sus piernas, sino que alguien más lo hacía por él. La luz iba disminuyendo su intensidad conforme se acercaba a su punto de origen y una vez que estuvo lo suficientemente alejado de la torre terminal, Ricardo pudo ver que a lo que se dirigía no era un avión.

Múltiples discos de distintos tamaños yacían posicionados uno cerca del otro y tenían enormes y gigantescas puertas con fondos oscuros por dónde varias siluetas entraban y desaparecían, como si estuviesen ingresando a una cueva.

Ricardo quiso detenerse, pero no pudo, sentía que su cuerpo flotaba y que no tenía el control de este. Quiso gritar y sintió una fuerte presión en el pecho que se lo impidió. Vio delante suyo varios cuerpos delgados

y altos con las manos tan largas que llegaban hasta el suelo. El sujeto que había conocido en aquel baño se volvió hacia él. No tenía los lentes ni el sombrero y su maletín se arrastraba por el suelo. Ricardo alcanzó a ver su cara gris, sus ojos negros y vidriosos y notó la silueta de su cabeza ovoide. No parecía tener orejas, ni nariz, ni boca. Bienvenido a bordo, escuchó Ricardo dentro de su cabeza, era una voz que hablaba desde muy lejos, como a kilómetros de distancia.

Ricardo abordó la nave y por un momento no pudo ver nada. Tiempo después, más allá de Iquitos, más allá de Lima, más allá de lo que humanamente había conocido, pudo verlo y entenderlo todo.

